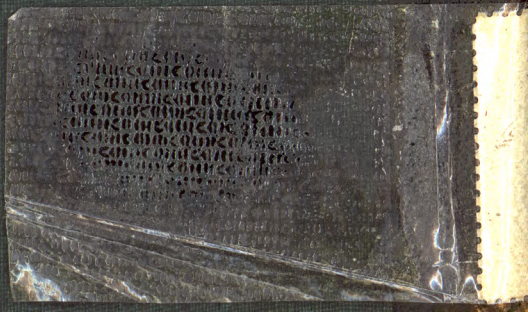
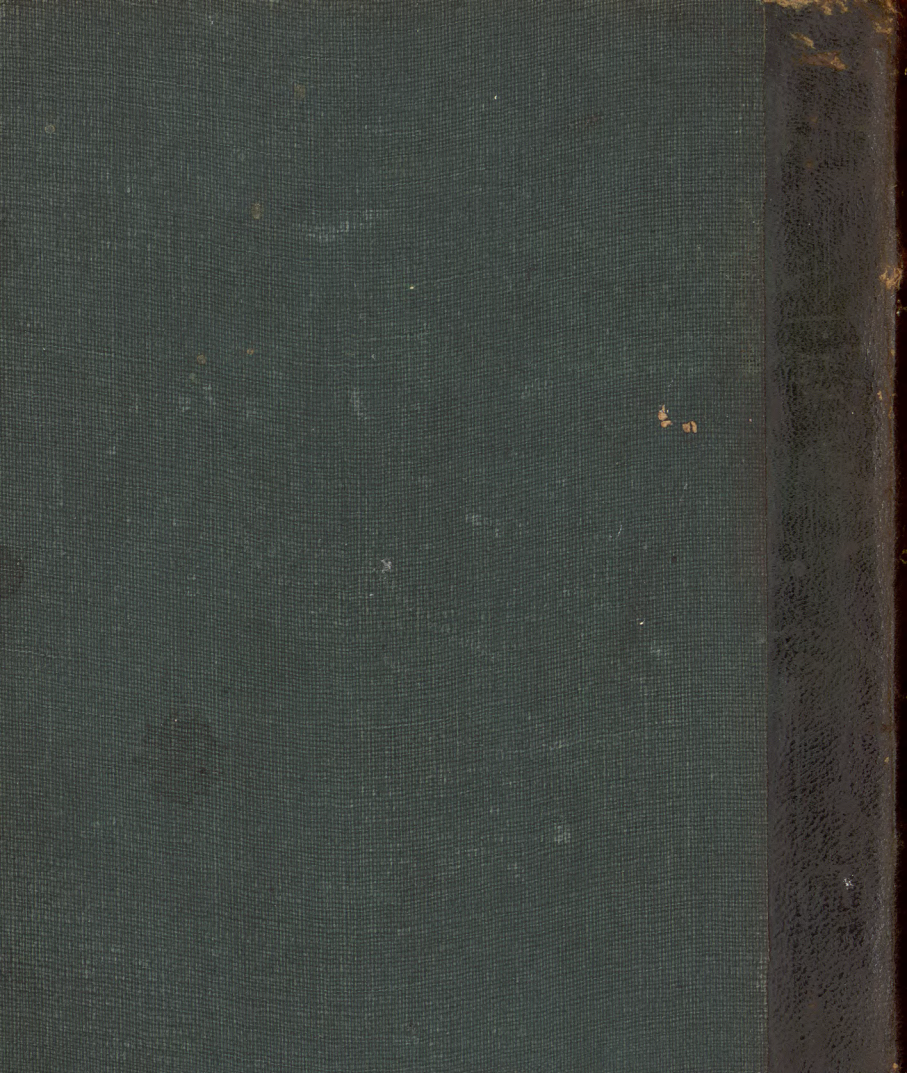
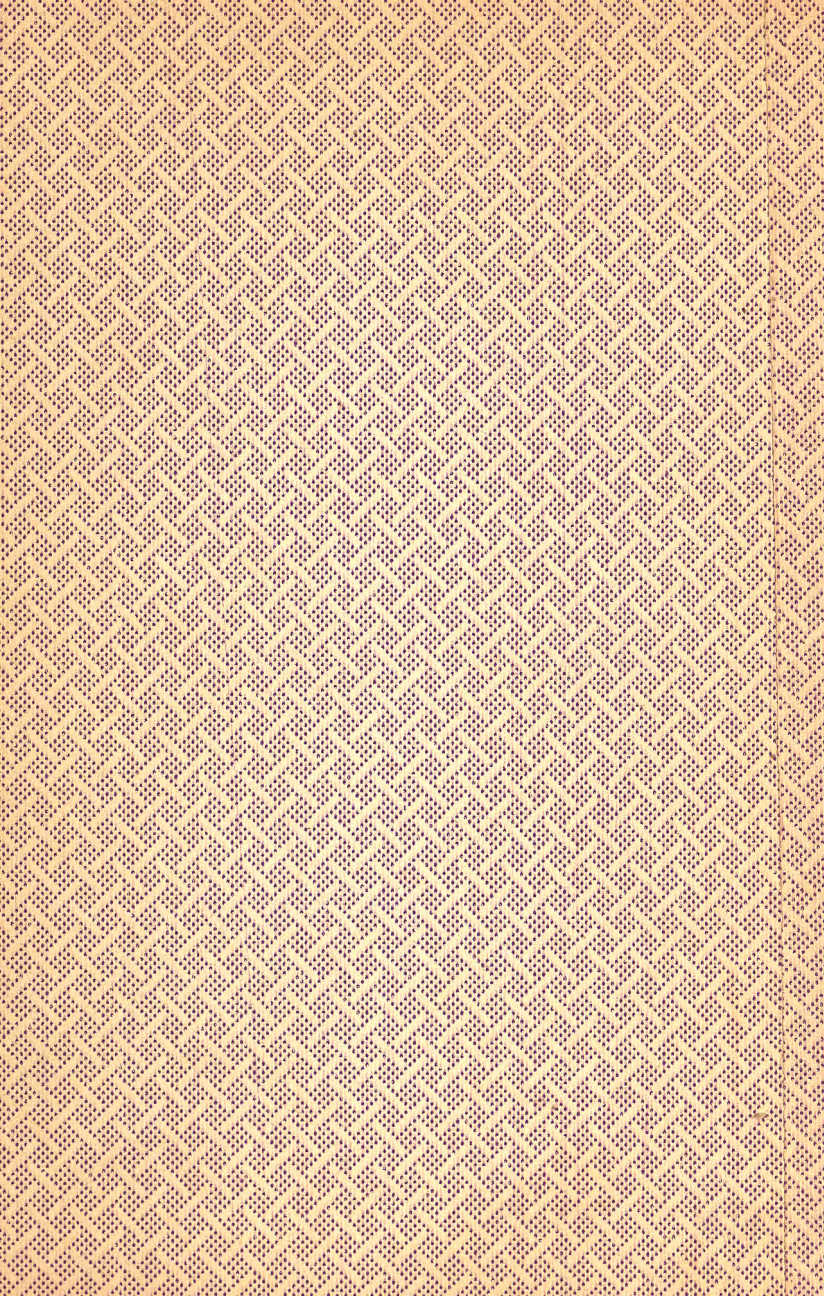
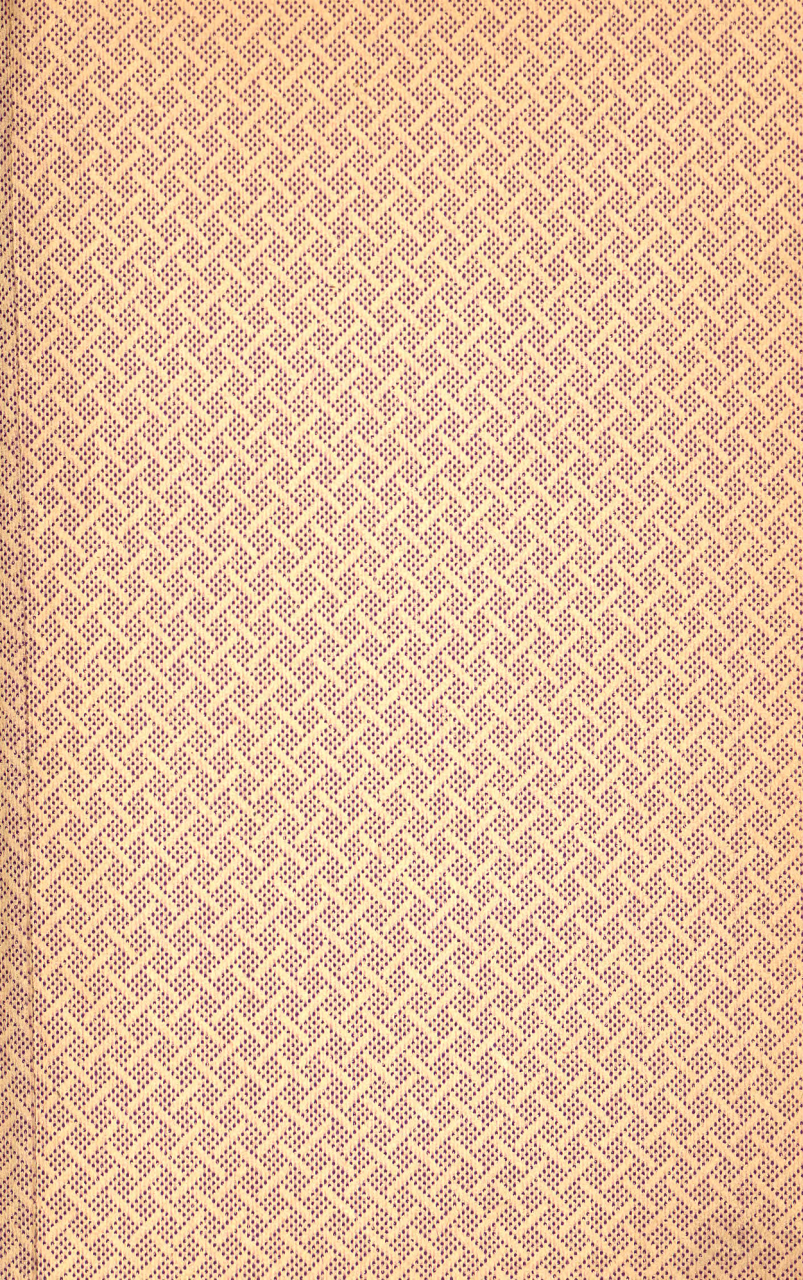


POREBIAN

1508501







A-1428



R
47012

CUENTOS DE LA VILLA.

Cintas

8000pt

CUENTOS DE LA VILLA.

COLECCION DE POESIAS

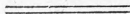
POR D. JUAN A. DE VIEDMA,

PRECEDIDAS DE UN PRÓLOGO

POR

DON MANUEL CAÑETE.

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

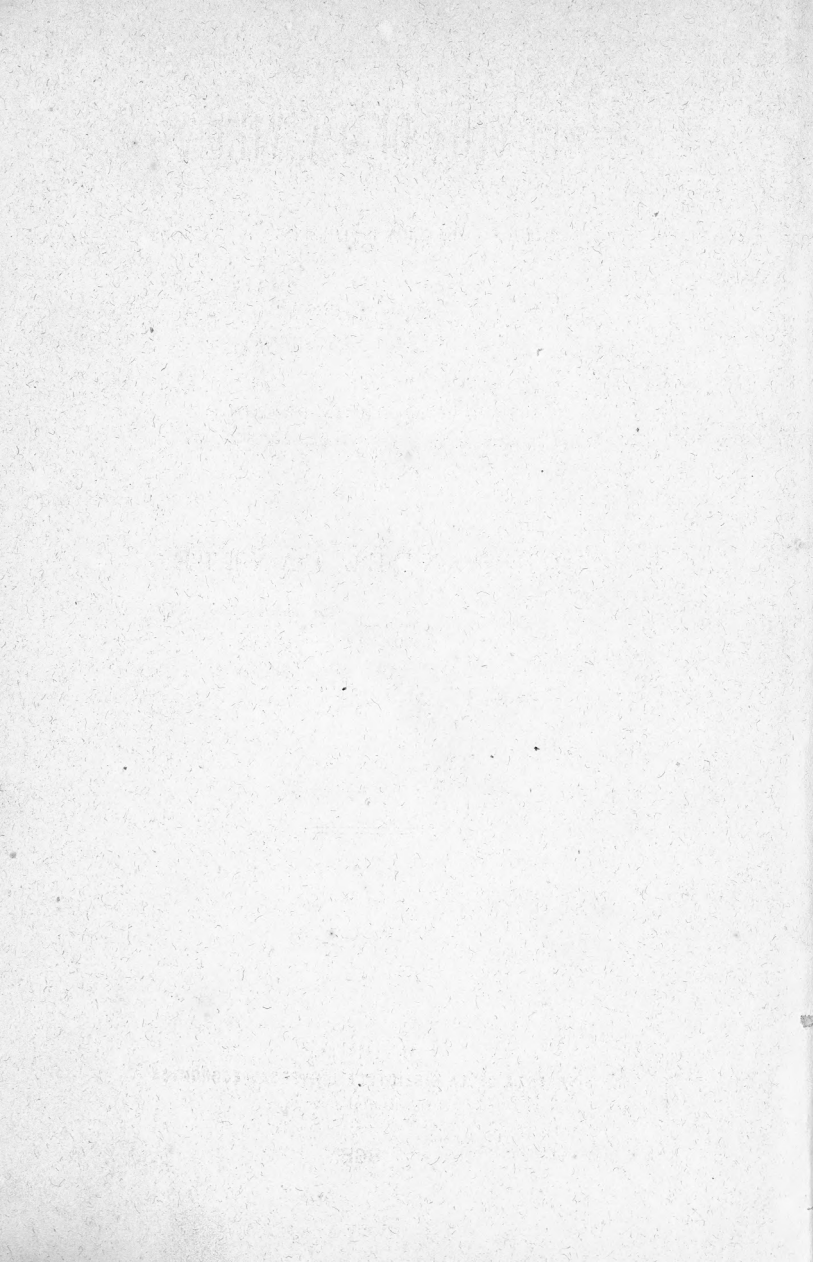


MADRID:

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ECONOMICA,

Calle de Segovia. 23.

1868.

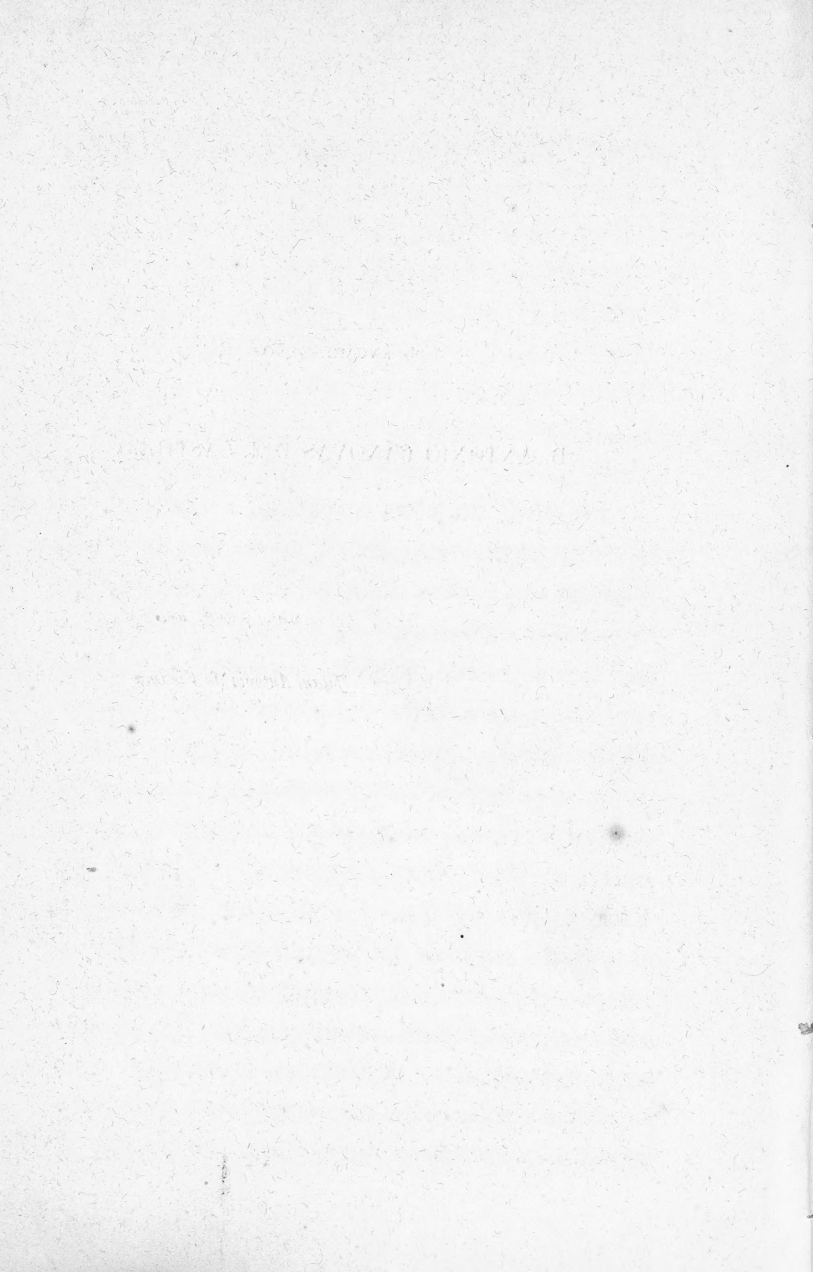


AL EXCMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

Su antiguo y sincero amigo

Juan Antonio de Viedma.



PRÓLOGO.

Hé aquí un libro que viene á desmentir la especie, tantas veces repetida, de que la poesía lírica no es de estos tiempos, ni produce ya flores capaces de embalsamar el espíritu con la suavidad de sus olores, ni logra resonar en el corazón cual eco misterioso de voz sobrenatural y etérea. Hijas de una inspiración feliz, las composiciones reunidas en este volumen atestiguan la eterna juventud y fuerza vivificadora del número, y demuestran la inagotable amenidad de la fantasía. Estimar inútil el don de abrillantar las ideas con el encanto seductor del verso, haciéndolas más luminosas por virtud del elocuente atractivo de la armonía, vale tanto como renegar de nuestras propias facultades, desconociendo la eficacia del ritmo para poner sello de perpetuidad en los conceptos. Atrévase en buen hora á menospreciar

la inspiracion y extender á la poesía lírica la partida de difunto, aquellos á quienes deslumbra y seduce únicamente el espectáculo del progreso material, y para los cuales sólo merecen atencion las operaciones del espíritu cuando se encaminan á satisfacer necesidades de la vida, ó el despierto afan de goces y de riquezas. Mas no por ello dejará de haber en todos tiempos almas capaces de saborear con deleite frutos nacidos al calor de más puras ideas, ó de sentimientos más nobles y delicados. El que ahora tropecemos á cada paso con esclavos del prosáico y grosero materialismo que se burla de la belleza poética, no es razon para rechazarla y proscribirla; antes bien importa hoy más que nunca alentar á los que aún guardan en su pecho el fuego sagrado, para que no logre apagarlo del todo el hielo de la indiferencia.

Al corto número de escogidos que rinden tributo á la inspiracion hasta en medio de los vaivenes y sinsabores de la política, pertenece el Señor D. Juan Antonio de Viedma, autor de las poesías impresas á continuacion de estos renglones. Entre ellas las hay notables por su candorosa ingenuidad, ó por su gracia y frescura, ó por el esmalte de la forma, ó por la ingeniosa combinacion del metro. Pero donde se deja ver más claramente la origi-

nalidad y buen gusto del poeta, es en los pequeños poemas que dan nombre al libro, y que merecen particular atención por su índole y carácter. El Sr. Viedma los rotula CUENTOS DE LA VILLA, suponiendo que hasta el menos avisado de los lectores ha de comprender sin dificultad que se trata de la villa y córte de Madrid; y el poco ambicioso calificativo de *cuento*, aplicado á las composiciones que dan tono y particular significación á este ramillete de lindas flores, es prenda segura de la modestia del autor.

Sin embargo, los que él denomina así, dando á entender que son meramente como fabulillas ó consejas inventadas para entretener muchachos, á veces encierran un alto sentido histórico, filosófico ó moral, ya indicado epigramáticamente en un solo rasgo, ya desenvuelto y puesto en relieve con mano segura en corto número de versos.

Desde que el Duque de Rivas, último de los grandes poetas genuinamente españoles, heredó en *El Moro Expósito* y en los *Romances históricos* el espíritu de nuestros antiguos dramáticos y romanceros con el de la moderna regeneración literaria, dando alta muestra de lo que puede el ingenio que se inspira en las tradiciones y recuerdos del suelo nativo, y separándose del rutinario ama-

neramiento de un clasicismo insustancial é incoloro, á que él mismo habia rendido tributo en sus ócios juveniles; desde que Espronceda, formado en la escuela de Byron, á quien pretendia imitar hasta en los desórdenes, supo llamar la atencion con los calorosos rasgos de *El Estudiante de Salamanca* hácia un género de poesía opuesto á la bucólica frialdad de los Iglesias y Cadahalsos; y la fecunda vena de Zorrilla se desató en poemas como *La sorpresa de Zahara* y *Á buen juez mejor testigo*, donde hay no pocos aciertos, pero en los cuales se deja ya entrever el afan de pormenorizar enfadosamente las descripciones, esterilizando la natural abundancia, y destruyendo así en gran parte el interés de la narracion y de la accion,— muchos han procurado seguir las huellas de estos poetas escribiendo unas como novelas en verso, de poca ó mucha extension, ahora bautizándolas, si eran largas, con el calificativo de *leyendas*, ahora distinguiéndolas, si eran cortas, con el nombre de *baladas*. Exóticos ambos vocablos en semejante acepcion, aunque el uso frecuente les ha dado ya entre nosotros carta de naturaleza, venian á determinar diversos matices de un nuevo género de composicion literaria, que en realidad de verdad tiene mucho de los antiguos romances castellanos

históricos y novelescos, pero cuya peculiaridad no permite en buena crítica, ni siquiera en buena lógica, sumarlo ni confundirlo con ellos. Algo de la leyenda, del romance y de la balada se encuentra como compendiado en los CUENTOS DE LA VILLA, cuadros, ó mejor dicho, bocetos donde con castizos pinceles se dá vida y color á tradiciones y hechos históricos de los siglos XVI y XVII. En estos poemas en miniatura sólo utiliza el Sr. Viedma los rasgos más característicos, la situación más sobresaliente, en una palabra, lo que pudiéramos llamar con exactitud la crisis del acontecimiento que se propone cantar; y lo hace con tan dramático artificio, que una sola quintilla, y á veces un solo verso, basta para desenlazar naturalmente la acción, dejando entrever ó adivinar consecuencias que no pueden menos de producir honda impresión en el ánimo.

Este don de resumir en breves rasgos un drama entero, poniendo en relieve con notable efecto de claro-oscuro los momentos culminantes de un suceso histórico ó fabuloso, de suerte que lo bien imaginado del plan y la franqueza del toque hagan innecesario para dar vida é interés al poema extenderse en pormenores, es muy apreciable siempre, y mucho más cuando la ma-

yor parte de nuestros poetas romanceristas y legendarios propende hoy al extremo opuesto, engolfándose por lo comun en un mar de vana palabrería. Son, pues, los CUENTOS DE LA VILLA dignos de aplauso por la vigorosa concision que los distingue, y por el poético misterio de que el autor ha sabido revestirlos. Ahora narre la tragedia de Escobedo, pintando á los personajes con arreglo á la tradicion vulgarmente admitida en estos últimos tiempos; ahora cuente la desastrosa muerte del satírico Villamediana, víctima de sus acerados chistes y sangrienta malevolencia; ahora trace el valor y caballerescó arranque de Quevedo al dar muerte en el pórtico de San Martin al ofensor de una dama; ahora ponga de bulto las alegres fiestas que el poderoso valido tan briosamente retratado por Velazquez daba al Rey poeta en los famosos jardines del Conde de Monterey; ahora, en fin, describa las murmuraciones del famoso *mentidero*, como si hubiera vivido en aquellos dias y paseádose entre los desocupados y noticieros de *las gradas de San Felipe*,—muéstrase el autor versado en el conocimiento de los siglos en que España ocupaba el primer lugar entre las naciones ó pesaba mucho todavía en los destinos del mundo, y deja ver que no se ha contentado

con estudiar someramente los sentimientos y creencias, los usos y costumbres de nuestros mayores. Atestíguanlo, entre otras composiciones, amén de las ya indicadas, *La Opinion*, *Deudas de la honra*, *El mercado del Alba*, *El Trapillo*, *Aguja de navegar doncellas*, *Santiago el verde*, *La Torre de Pinto* y *Baltasara*, en todas las cuales hay algo del espíritu y áun del estilo que tanto caracteriza á los más célebres poetas del siglo XVII. Los siguientes versos que el autor pone en boca de *La Quintañoa* podrian sin escrúpulo atribuirse al donoso autor de los *Sueños* y de las agudas sátiras en que tan vário y flexible campea el castellano lenguaje:

• Más muertos he levantado
que han de alzarse el día del juicio,
y he visto morir más honras
que un álamo del Sotillo.

Pasé la vida en *pasadas*,
y fuí, sábenlo mis *primos*,
más avara que un hebreo,
más falsa que un mal amigo;

Más corrida que caballo,
más buscada que ministro,
más torcida que vereda,
más llorada que delito.

Ni son menos propios de tan hidalga pluma
estos de *Santiago el verde*:

• Preso el cabello entre cintas,
el manto de humo á la cara,

y en ruedas, cual la fortuna,
van á la fiesta las damas.

Llevan fuera del estribo
del guarda-infante una vara,
y enfaldada la basquiña
de chamelote de aguas.

Cubren los piés con chapines;
y al aire el hombro y la espalda,
á libres ojos provocan
y libres lenguas desatan.

Que aunque es devota la fiesta,
y devotos los que bajan,
la devocion va en los ojos
y va el pecado en el alma.

En la misma composicion se leen tambien estos otros, que ciertamente no han menester en-
carecimientos:

• Los descuidos del recato,
que á la pasion prestan alas,
cobardes ojos alientan
y ardientes pechos abrasan.

Cada encuentro es una cita,
cada seña una esperanza,
cada queja una lisonja,
y un lance cada palabra.

Del acierto con que retrata el Sr. Viedma las
figuras á que presta vida y movimiento, puede
formarse idea por la pintura que hace del galan-
teador Villamediana:

• Osado en las aventuras,
duelista y murmurador,
no hay de su audacia seguras

ni las virtudes más puras,
ni el más respetado honor.

En suma, los CUENTOS DE LA VILLA, producto de los juveniles años del poeta, son ingeniosos desahogos de su vida de estudiante, salvo alguno que otro escrito posteriormente. En aquellos alegres días los hizo ver á su compañero de estudios el Sr. Cánovas del Castillo (que tan alto lugar ha ocupado despues justamente en las letras y en la tribuna parlamentaria), y desde entónces quiso nuestro Viedma corresponder á los consejos y estímulos de este su cordial amigo, dedicándoselos en cariñoso homenaje. El Sr. Cánovas, tan fino conocedor de lo bello, apreciará hoy como entónces, más tal vez que en los años de su primera juventud, tan lindas composiciones. Las cuales acreditan, no ya la feliz disposicion lírico-dramática del Sr. Viedma, y el laudable afan con que desde muy temprano se consagró al estudio para conocer bien el estilo de nuestros grandes ingenios y los usos y costumbres de nuestros progenitores, sino las ventajas que ese mismo estudio proporciona á los hombres de buen gusto. Sin él, mal hubiera podido el Sr. Viedma dar á sus composiciones el sabor castizo que las avallora, ni hermanar el tono y colorido histórico

necesarios á tales poemas con la claridad y sencillez de expresion y lenguaje á que aspiran discretamente los pocos buenos escritores castellanos de nuestros dias.

Madrid 3 de Junio de 1868.

MANUEL CAÑETE.

INVOCACION.

Rumores apagados de antiguas tradiciones,
Figuras de otros siglos, costumbres de otra edad,
Herid el harpa ruda, y en himnos y canciones
Las cuerdas silenciosas heridas vibrarán.

Leyendas con que el vulgo divierte sus veladas,
Encuentros y aventuras de celos y de amor,
Galanes, rodrigones, y dueñas y tapadas,
El alma sois del bardo que os pide inspiracion.

Riberas misteriosas del pobre Manzanares,
Testigo en otro tiempo del *Paso de Beltran*,¹
Oscuras enramadas de sotos seculares,
De citas y pependencias los lances publicad.

Jardines del Retiro, del Prado y la Florida,
Cantados en los versos de Lope y Calderon,
La voz que en vuestras ramas quedó desvanecida
Quisiera hacer de nuevo sonar en mi cancion.

Sombríos callejones en que la niebla oscura
Vencer en vano intentan los rayos de una luz,
Que á impulso de los vientos meciéndose fulgura,
En frente de una imágen clavada en una cruz.

Decidme cómo entónces cristianos caballeros,
Que altivos ostentaban la insignia de la fé,
Vengaban los agravios, al aire los aceros,
Delante de esa imágen, delante de su juez.

Abiertas celosías, imán de rondadores,
Decidme las protestas que arranca de un galan,
La dama que en la reja le alienta en sus amores
Firmezas y venturas haciéndole jurar.

Escenas populares que vió la *Redondilla*,²
Y que hoy ve la *pradera* del Santo Labrador,
Verbenas del Apóstol, festejos de la Villa,
Vosotros sois mi musa; prestadme inspiracion.

TAL PARA CUAL.

El honor cuanto es mayor
Si mirar á otro respeto
Se ha de conservar perfeto
Tan sólo porque es honor.

CALDERON.

I.

Tarde azul, tarde serena,
En músicas y cantares
Volando el aire resuena
Las horas que el pueblo llena
Los sotos del Manzanares.

Y al rostro el manto ligero
Y la saya guarnecida,
Damas de rostro hechicero,
Bajan en Julio al Vivero,
Y al Parque y á la Florida. 3

Y allí entre las enramadas
Los vientos murmuradores,
De galanes y tapadas
Publican las ignoradas
Dulces querellas de amores.

II.

Oculto entre la espesura,
Intranquilo y recatado,
Doncel de noble apostura,
Quizá de amante aventura
Espera el momento ansiado.

Triste, inquieta, silenciosa,
Como las auras ligera,
Cual la noche misteriosa,
Tapada gentil y hermosa
Va del río á la ribera.

Y por la sombra engañada
Hasta el galan escondido
Llegó alegre y confiada,
Y así el vulgo ha referido
Lo que pasó en la enramada.

III.

—¿Quién va? gritó el embozado.
—Quien busca, dijo la dama
Con el acento alterado.

—¿Y quién busca?

—Quien bien ama.

—¿A quién?

—A quien es amado.

—Su nombre.

—¿Sabeis el mio?

—Tal vez, si sois la que espero.

—¿Luego esperais en el rio?

—A la dama por quien muero.

—Yo al imán de mi albedrío.

—Descubrid.

—Bajad el manto.

—Los dos á un tiempo ha de ser

Si á los dos importa tanto.

—¡Mi esposo! ¡Válgame el santo!

—¡Dios me valga! ¡Mi mujer!

IV.

Manzanares que murmuras
De tus arenas corrido,
Publica las aventuras
De que en las noches oscuras
Tercero obligado has sido.

Y sepamos la querella
De la dama y del doncel,
Cuando los hizo su estrella

De su agravio juez á ella
Y juez de su agravio á él.

Aunque tal vez cada cual
Ahogó de su ofensa el grito,
Porque siempre acierta mal
A juzgar al criminal
El reo de igual delito.

LA BUENAVENTURA.

Á S. ÁLVAREZ BUGALLAL.

«Gitanilla de negros cabellos,
Que enredando las almas en ellos
Recorres la Villa
Quitando pesares;
A la de ojos rasgados y bellos
Que amo yo, vé á decir, gitanilla,
Tus dulces cantares.

La dirás que te muestre su mano;
Y si tu arte no invocas en vano,
Sorprende, gitana,
Sus sueños de amores;
Adivina hasta el último arcano;
Dime, maga, el galan que mañana
Tendrá sus favores.

Y al decir la la buenaventura,
Peregrina, sin miedo asegura
Que mi alma la adora,